

tornaba el juicio. Ni peligros, ni obstáculos veía yo...»

Como una máquina de hablar, como el frío metal del teléfono que habla lo que le apunta la electricidad, así dije yo: «Romeo y Julieta», sin saber de dónde me habían venido aquellas palabras, porque mi cerebro se había quedado vacío.

Estuve hasta la madrugada; todos dormían. Al escaparme, ya cuando aclaraba el día, hice un poco de ruido, y salió doña Cándida gritando: «¡Ladrones!»

Esto lo oí desde mi alcoba, adonde fui á buscar refugio, huyendo de un vengativo impulso que brotó en mí... Casi rompo á gritar y declaro... ¡Mengua insigne para mí vender un secreto que debe bajar al sepulcro conmigo! Sudé gotas enormes, frías y pesadas como las del Monte Olivete, y en la obscuridad de mi alcoba, donde seguí haciendo el papel de que buscaba algo, me apabullé con mis propias manos, y grité en silencio de agonía: «¡Aniquílate, alma, antes que descubrirete!» Creo que di dos ó tres vueltas en la obscura habitación, y transcurrió un espacio de tiempo en el cual no sé á punto fijo lo que hice, porque positivamente perdí la razón y el conocimiento de mí mismo. Recuerdo tan sólo vocablos sueltos, ideas incompletas que me escarbaban la mente, y es probable que dijera: «Ladrones..., doña Cándida... no encontrar fósforos...», ó bien otros disparates por el estilo.

Cuando recobré mi juicio, aparecí en el despacho, miré á Manuel... Petra, mi ama de llaves, entraba en aquel momento...

«Travesuras de gravísimas consecuencias — dije con voz campanuda —. Petra, la comida.»

Manuel miró su reloj y yo miré el mío.

«Yo tengo las ocho y veinte; voy adelantado.

— Yo las ocho y siete...; voy atrasado. ¿Quieres comer?

— Gracias. ¿Y qué me aconseja usted?

— La cosa es grave... Hay que pensarlo...»

Sentí que me serenaba un tanto. Declaróme él entonces algo que no sé si me fué agradable ó penoso en tan crítico momento. Mis ideas estaban trastrocadas, mis sentimientos barajados en desorden; unas y otros aparecían fuera de tiempo. Anarquía loca reinaba en mi espíritu, y mi razón, hecha un ovillo, se escondía donde nadie podía encontrarla. Alegréme de ver que Manuel tenía prisa; prométele que hablaríamos del mismo asunto otro día, y se fué...

XXXIX

Quedéme solo delante de mi sopa.

Y vi desfilan en ordenado tropel, por delante de mí, los garbanzos redondos con su nariz de pico, y después una olorosa carne estofada, á quien siguieron pasa de Málaga, bollo de no sé dónde y mostillo de no sé qué parte. No puedo, al llegar aquí, ocultar un hecho que me pareció entonces, y aun hoy me lo parece, rarísimo, fenomenal y extraordinario. Bien quisiera yo, al contar que comí, ajustarme á lo que es uso y costumbre en estos casos, es decir, suponerme desganado y con más ánimos para vomitar el corazón que para comerme un garbanzo; pero mi amor á la verdad me impone el deber de manifestar que tuve apetito y que comí como

todos los días. Fuese porque almorcé poco ó por otra causa, lo cierto es que hice honor á los platos. Bien se me alcanza que esto resulta en contradicción con lo que afirman los autores más graves que han hablado de cosas de amor, y aun los fisiólogos que estudian el paralelismo de las funciones corporales con los fenómenos afectivos. Pero sea lo que quiera, como pasó lo cuento, y saque cada cual las consecuencias que guste. Lo único que revelaba mi trastorno era la distracción con que comí y aquello de no saber lo que entraba por mi boca. De donde deduzco que hay mucho que hablar sobre la parte que toma el espíritu en la digestión. Punto y aparte.

En mi despacho pasé luego horas tristísimas y pesadas. No podía hallar consuelo en la lectura, ni ningún autor, por grande que fuera, lograba cautivar mi alma, apartándola de la contemplación de su desdicha. A ella se apegaba con ardiente fervor, como el fanático al dogma que idolatra. Y no había medio de separarla. Si con esfuerzos de imaginación lograba entretenerla un poco, llevándola engañada á otras esferas, ella se escapaba bonitamente, y por misteriosos caminos se volvía á su objeto... Avanzaba la noche, y cuando parecía que las energías mismas del dolor se cansaban, entróme aplanamiento de nervios y marasmo mental. Todo era entonces sensaciones fúnebres, ideas de próxima muerte... A la madrugada, excitado mi cerebro con la falta de sueño, estas ideas de muerte llegaron á ser en mí verdadera manía con su convicción correspondiente. Antojóseme que iba á amanecer muerto, y me entretenía en considerar la sorpresa que recibirían mis amigos al saber la triste nueva y el duelo que harían las

personas que verdaderamente me estimaban. ¡Y yo, tranquilo, observando este duelo y aquella sorpresa desde el ámbito misterioso de la muerte! Figurábame estar absolutamente ausente de todo lo conocido hasta ahora, pero continuando conocedor de mí mismo en una esfera, región ó espacio completamente privado de las propiedades generales de la física. ¡Meditación morbosa, fiebre del vacío, yo no sabía lo que era aquello!...

Pensaba luego en las frases que emplearían los periódicos para dar cuenta de mi inopinado fallecimiento. Entre otras cosas, y después de echarme ese incienso ordinario, corriente, de fórmula, y que parece traído de la tienda, como el espliego que usa el vulgo, dirían poco más ó menos: «Este triste suceso sorprendió tanto más á los amigos del Sr. Manso, cuanto que éste se había dedicado el día anterior á sus habituales ocupaciones en perfecto estado de salud, se había retirado á su casa á la hora de costumbre, había comido con apetito...»

Nada, nada; el apetito que por desgracia tuve desentonaba el lúgubre cuadro que mi fantasía trazaba en aquella hora de la madrugada, propicia al delirio y á la fiebre. Sobre mi mesa se encontrarían algunas cuartillas del prólogo á Spencer que había empezado á escribir... Mis panegiristas llamarían al incompleto escrito *el canto del cisne*... Cuando pensaba en esto, cuando pensaba también que se celebraría en mi honor una velada literaria con versos y discursos, me entraban vivas ganas de no morirme, ó de resucitar, si es que ya muerto estaba, para que no se dieran lustre á costa mía Sainz del Bardal y los demás poetillas, oradorzuelos y muñidores de veladas... Nada, nada, ¡á vivir!

Con estas cosas me dormí profundamente. ¡Bendito sueño, y cómo reparó mis fuerzas físicas y morales, y cómo templó todo lo que en mí estaba destemplado, y qué equilibrios restableció, y qué frescura y aplomo concedió á mi ser todo! Levantéme algo tarde, pero sintiendo en mi cabeza despejo, lucidez y mucha energía moral. Usando una figura de género místico y muy bella, aunque algo gastada por el uso de tantas manos de poetas y teólogos, diré que algún ángel había descendido á mí y consoládome durante mi sueño. Y, no obstante, yo no recordaba haber soñado nada... Si acaso, si acaso, tuve ligerísima sensación de que se celebraban veladas en honor mío.

La energía moral, cierta robustez hercúlea que advertí en mi conciencia, dábanme fuerzas físicas, agilidad, actividad... Fui á clase; tenía deseos de explicar, y subí á mi cátedra con secreta confianza en que lo haría bastante bien. Ideas mil, vigorosas y claras, acudían á mí como disputándose la primacía de la verbalización. Bien, bien. Quisiera conservar lo que expliqué aquel día. Me sentí fecundo y con una facilidad de expresión que me causaba asombro.

«El hombre es un microcosmos. Su naturaleza contiene en admirable compendio todo el organismo del Universo en sus variados órdenes...

»Y no sólo en el desarrollo total de la vida demuestra el hombre ser como una reducción del Universo, sino que á veces se ve palpablemente esto en un acto solo, en uno de esos actos que ocurren diariamente y que por su aparente insignificancia apenas merecen atención...

»Existe alianza perfecta entre la sociedad y la Filosofía. El filósofo actúa constantemente en

la sociedad, y la Metafísica es el aire moral que respiran los espíritus sin conocerlo, como los pulmones respiran el atmosférico.

»A veces el hecho aislado, corriente, ofrece, bien analizado, un reflejo de la síntesis universal, como cualquier espejillo retrata toda la grandeza del cielo.

»El filósofo actúa en la sociedad de un modo misterioso. Es el maquinista interior y recatado de este gran escenario. Su misión es el trabajo constante en la investigación de la verdad.

»El filósofo descubre la verdad, pero no goza de ella. El Cristo es la imagen augusta y eterna de la Filosofía, que sufre persecución y muere, aunque sólo por tres días, para resucitar luego y seguir consagrada al gobierno del mundo.

»El hombre de pensamiento descubre la verdad; pero quien goza de ella y utiliza sus celestiales dones es el hombre de acción, el hombre de mundo, que vive en las particularidades, en las contingencias y en el ajeteo de los hechos comunes.

»Considerada en su conjunto y unidad, la Filosofía es el triunfo lento ó rápido de la razón sobre el mal y la ignorancia.

»Al fin, lo que debe ser es. La razón de las cosas triunfa de todo.

»Desde su obscuro retiro, el sacerdote de la razón, privado de los encantos de la vida y de la juventud, lo gobierna todo con fuerza secreta. El sabe ceder al hombre de mundo, al frívolo, al perezoso de espíritu las riquezas superficiales y transitorias, y se queda en posición de lo eterno y profundo. Se halla colocado entre dos esferas igualmente grandes: el mundo exterior y su conciencia.

»La conciencia es creadora, atemperante y reparadora. Si se la compara á un árbol, debe decirse que da flores preciosísimas, cuya fragancia trasciende á todo lo exterior. Sus frutos no son la desabrida poma del egoísmo, sino un rico manjar que se reparte á todo el que tiene hambre.

»Estas flores y frutos suplen en la sociedad la falta de un principio de organización. Porque la sociedad actual sufre el mal del individualismo. No hay síntesis. La total ruina vendría pronto si no existiese el principio reconstitutivo y vigilante de la conciencia...»

Y tanto hablé que concluí por sufrir ligero aturdimiento. Observé que algunos chicos bostezaban; pero otros me oían con gran atención. Algunos de éstos pedantuelos que todo lo quieren saber en un día, y son harto pegajosos y marean al profesor con preguntillas, me dijeron al salir que no habían entendido bien; á lo que respondí entre bromas y veras que ya lo irían entendiendo á fuerza de cardenales, si eran escogidos, y si no, que muy bien se podían pasar sin entenderlo. Llamaba yo escogidos á los que tienen la piel delicada para apreciar bien los palmetazos, pellizcos y carrilladas que da el próvido maestro de escuela, pues á los señores que tienen sus almas farradas con cuero semejante al del rinoceronte, ni con disciplinas les entra una sola letra.

XL

Mentira, mentira.

Dígoles porque ahora trae mi narración cosas tan estupendas, que no las creerá nadie. Y no porque en ellas entre ni un adarme de ingrediente maravilloso, ni tenga el artificio más parte que la necesaria para presentar agradable y bien ataviada la verdad, sino porque ésta, haciéndose tan juguetona como la loca de la casa, dispuso una serie de acontecimientos aparentemente contrarios á las propias leyes de ella, de la misma verdad, con lo que padecí nuevas confusiones. Empezó la fiesta por aquello de tener apetito fuera de sazón, contraviniendo todo lo que ordenan la idealidad, la finura en cosas de comer y hasta el buen gusto; después vino lo de volverme yo elocuente en mi cátedra; luego pasó una cosa muy rara: doña Javiera se me presentó en mi casa á decirme que había roto toda clase de relaciones con aquel marido provisional y temporero que llamaban Ponce. Era, según ella decía, hombre ordinario, gastador, vicioso. Tiempo hacía que la señora estaba harta de él, y al fin todo acabó. Arrepentidísima de aquella larga distracción de mal género, la señora pensaba hacerla olvidar con una vida arregladísima, de intachables apariencias. El porvenir de su hijo, que entraba en el mundo rodeado de esperanzas, así lo exigía. Ya el negocio de carnes había sido traspasado, y tal es la fuerza reparatriz del olvido, que aun la misma doña Javiera no se acordaba de haber pesado chuletas en su vida. El mundo y las relaciones hacían lo mismo.

No hay cosa que tan pronto entre en la historia como un pasado mercantil que al huir ha dejado dinero. Observé en mi amiga visibles esfuerzos por plegar la boca, hablar bajito, escoger vocablos finos y evitar un dejo demasiado popular. Su vestido respondía bien á este plan de regeneración, que había empezado por tormento de lengua y gimnasia de laringe. Todo ello me parecía muy bien. La señora, sumamente expansiva conmigo, me dijo que parte de su capital había sido empleado en comprar una casa, hermosa finca, hallá por los holgados barrios próximos al Retiro. Se reservaba el principal y las cocheras, y alquilaría lo demás. Yo le daría un disgusto si no aceptaba un tercerito muy mono que me destinaba, y que me alquilaría en el mismo precio del de la calle del Espíritu Santo.

«Gracias, muchas gracias..., no sé cómo pagar...»

Algo más tenía que decirme la señora. Aquellos días, encontrándose muy sola, se había entretenido en hacer pantallas de plumas, cosa bonita y vistosa, y tenía el gusto de ofrecerme una.

«¡Oh!, gracias, gracias. Está preciosísima... Vaya que tiene usted unas manos...»

Aun había más. La señora, sentándose confiadamente en mi sillón, frente al estante coronado de *padrotes*, me manifestó que no tenía límites el agradecimiento que hacía mí sentía por haber abierto en su hijo con mi enseñanza la brillante senda...

«Señora..., por Dios..., yo... No hable usted más...»

Y no parecía sino que cuantos conocían á Ma-

nuel se disputaban el enaltecerle y abrirle paso. Ni la misma envidia, con ser tan poderosa, podía nada contra él. Se le disputaban todas las Academias y Corporaciones; en lo sucesivo no habría velada que no contara con él para su completo lucimiento, y ya se hablaba de dispensarle la edad para admitirle en el Congreso. Pez y Cimarra le habían ofrecido un distrito; era seguro que Manuel sería pronto un orador parlamentario *de p y p y doble h*, y al cabo de algunos años ministro. La señora pensaba poner su nueva casa en altísimo pie de elegancia y lujo, porque...

Ya puede usted figurarse, amigo Manso, que mi hijo tendrá que dar tés, y el mejor día se me casa con alguna hija de un título... A mí no me gustan oropeles, ni sirvo para hacer el *vandibú*; como soy tan llanota...; pero no tendré más remedio que violentarme para que mi hijo no desmerezca.»

Todo me parecía muy bien, incluso la persona de doña Javiéra, que estaba, como dicen los revisteros de salones hablando de las damas entradas en edad, más hermosa cada día. Allí era cierta la hipérbole. Por doña Javiéra parecía que no pasaban años, y los que pasaban, eran seguramente años negativos que iban marchando al revés de los años de todo el mundo y la aproximaban á la juventud.

La señora, que no acababa nunca de exponerme sus confianzas, dióme el encargo de explorar á Manuel para ver si descubría el motivo de que anduviera tan ensimismado por aquellos días, de que pasara fuera de casa gran parte de la noche, cuando no toda ella, y de sus melancolías, inapetencia y desabrimiento de carácter.

«Por supuesto, á mí no me la da... Esto es enamoramiento, ó soy tan pava que no entiendo... Me han dicho que en la casa de su hermano de usted y en otras adonde ha ido mi Manolo, todas las pollas se morían por él, empezando por las hijas de los duques y marqueses...»

Todavía le quedaba á mi vecina algo que decir; y era que cualquier cosa que se me ofreciese...

«No tiene usted más que mandarme un recadito. La verdad es, amigo Manso, que está usted muy mal servido. Esa Petra es buena mujer, pero muy torpe, y no le cabe en la cabeza la casa de un caballero. Usted necesita mejor servicio, otro tren, otro... no sé si me explico.

— Señora, mis medios...

— Qué medios ni medios... Usted merece más; un hombre tan notable, una gloria del país no debe vivir así...»

Y temiendo sin duda ir demasiado lejos en su delicado y solícito interés por mí, se retiró, después de convidarme á comer para el día siguiente, que era domingo.

Esto que he referido entra en la lista de las cosas que entonces me parecieron tan inverosímiles como mi apetito de la noche anterior; pero aun hubo otro fenómeno más raro, y fué que en casa de José encontré á éste y á Manuela partiendo un piñón. Creeríase, ¡Dios del cielo!, que ni la más ligera nube había empañado nunca el sol de la concordia entre marido y mujer. Ella estaba contenta, él festivo, aunque me pareció observarle receloso y como en expectativa bajo aquel capisayo de jovialidad. A mí me trató con una dulzura que nunca empleara conmigo. Corrió á cerrar una puerta por temor á que con el aire que violentamente entraba me constipase.

Aquel día todo era plácemes. El ama se portaba bien. El médico de la familia la declaraba excelente lechera, y aunque el familión continuaba en la casa viviendo á mesa y mantel, todavía no había ocurrido ningún disgusto. Ocupadas en vestir á Robustiana con la librea de pasiega, las tres damas no hacían más que revolver telas, escoger galones y disputar sobre si sería encarnado ó azul. De cualquier modo que fuese, mi adquisición había de asemejarse mucho, luego que la vistieran, á la engalanada vaca que ha obtenido el primer premio en la Exposición de ganados.

En un momento que estuvimos solos, díjome Lica:

«No sé qué le ha pasado á José María, que está hecho un guante conmigo. Todo es «mi mujercita por aquí y por allá». Ahora quiere que hagamos viaje á París. Mira, no me alegro de hacerlo sino por traerte algún regalo, por ejemplo, un ajuar completo de tocador de hombre, como uno que he visto ayer, en que todas las piezas tienen pintado el cuerno de la abundancia... No sé, no sé; algún buen ángel ha tocado el corazón á José María. ¡Qué complaciente; qué amable! Pero no me fio, y siempre estoy en ascuas cuando le veo tan *cambambero*...»

Después de tal inverosimilitud, viene la más grande y fenomenal de todas las de aquel día. Esta sí que es gorda. Estoy seguro que nadie que me lea tendrá tragaderas bastante anchas para ella; pero yo la digo, y protesto de la verdad de su mentira con toda mi energía. Pásmese el que aun tenga fuerzas para pasmarse. El absurdo es que doña Cándida me sacó dinero. ¡Se comprende que su peregrino cacumen hallara

trazas y su audacia valor para pedírmelo; pero que yo se lo diera!... ¡Si me resistía yo mismo á creerlo, aunque me lo comprobaban con su elocuente vaciedad mis apurados bolsillos!... Ello fué no sé cómo, una emboscada, un lazo, un secuestro. Las circunstancias hicieron gran parte, mi debilidad lo demás. Renuncio á detallar el hecho con pormenores que suplirá el buen juicio de los que al leer se espeluznen considerando que pueden verse en trotes semejantes.

Al retirarme la noche anterior, la noche fatal, prometí volver. No lo hice porque después de las confianzas de Peña me había entrado cierta repugnancia de aquella casa y de sus habitantes. Fuí cuando fuí por un vivo ímpetu de mi conciencia. Padecí mucho cuando se me presentó Irene, cuya vista renovó en mí las turbaciones pasadas; pero ya entonces tenía yo en mi espíritu fuerza poderosa con que ocultarlas. Ella estaba completamente desmejorada, repuesta ya de la fiebre, pero sufriendo sus efectos, y yo me preguntaba confuso: ¿La debilidad y la pena aumentan su belleza, ó la destruyen casi por completo? ¿Está interesantísima, tal como el convencionalismo plástico exige, ó completamente despoetizada? Mi desquiciamiento espiritual era causa de que por momentos la viese en el primer concepto, por momentos en el segundo. Cuando me saludó su voz temblaba tanto, que casi no entendí lo que me dijo. Vergonzosa y cohibida, se sentó junto á mí y se puso á revolver una cesta de costura mientras yo me informaba de si había subido Miquis y de lo que había prescripto. Doña Cándida caracoleaba junto á los dos ferozmente amable. Con la frescura que tan bien cuadraba contra ella, le dije:

«Ahora nos hará usted el favor de dejarnos solos. Irene y yo tenemos que hablar. Estése usted por ahí fuera todo el tiempo que guste; cuanto más, mejor.

— ¡Qué cosas tienes!... Abur, abur. No queréis estorbos...»

Y se fué riendo. Irene y yo nos quedamos solos en el gabinetito donde había muchas cosas en desorden, y otras como arrinconadas en forma condenatoria. Miré todo aquello; después, alzando los ojos á la vidriera del balcón, vi un canario en bonita y pintoresca jaula.

«Ese es obsequio especial de D. José á mi tía — me dijo Irene, buscando en la conversación corriente un fácil medio de hablar sin turbarse.

— ¿Y usted, qué tal se encuentra? — le pregunté, como hacen esas preguntas los médicos.

— Regular..., perfectamente...

— ¿Cómo entendemos eso? ¡Regular y perfectamente!

— Es bonito este canario..., si lo oyera usted cantar...

— Como si lo oyera... A quien quiero oír cantar es á usted... Si usted me hiciera el favor de sentarse en esa butaca y contestarme á dos ó tres preguntas...

— Ahora mismo, amigo Manso... Déjeme usted buscar una cosa que estaba cosiendo para mi tía. Es una bata que deshizo y volvió á armar, y luego desbarató para hacerla de nuevo. Esta es la tercera edición de la bata. Aguarde usted..., aquí tengo ya mi costura.»

XLI

La pícara se sentó con la espalda á la luz.

Había entornado las maderas del balcón para atenuar la viva claridad del día, y de esta manera su rostro estaba en sombra. Todos estos procedimientos denotaban su práctica en el arte del disimulo.

«Vamos á ver: ¿Cuándo vió usted por primera vez á Manuel Peña?»

Inclinado el rostro sobre la costura, yo no podía verla bien mientras me contestaba con humilde voz de escolar:

«Una noche, cuando entró con usted en el comedor á tomar un refresco...

— ¿Habló él con usted en aquellos días?

— No, señor... Una tarde... Yo entraba del paseo con las niñas, él salía, bajaba la escalera... No sé cómo tropecé y caí.

— Una tarde... Y yo, ¿dónde estaba esa tarde?

— Se había quedado usted en el portal hablando con un catedrático amigo suyo.

— Y poco más ó menos, ¿cuándo ocurrió eso?

— Antes de Navidad... Después le vi otra vez que salía con Ruperto. El me siguió, empeñándose en hablar conmigo. Me dijo muchas tonterías. Yo iba tan sofocada; no sabía qué hacer... Al día siguiente...

— Le escribió á usted una carta, que sin duda era larga. Se la mandó á usted con la mulata. ¡Estas razas mezcladas son terribles!... A media noche usted leyó la carta, encerrada en su cuarto...

— Es cierto — respondió sin levantar los ojos de su costura —. ¿Cómo lo sabe usted?

— Y otras noches también pasó usted largas horas leyendo cartas de Manuel y contestándolas. Se acostaba usted muy tarde...»

Tardó mucho la contestación, que fué un humilde «sí, señor».

«Y en las noches de gran reunión solían ustedes verse á escape en el pasillo, por algunas partes no bien alumbrado...»

Con leve sonrisa me contestó afirmativamente. Y vedme ahí convertido en el hombre más bondadoso y paternal del mundo, como esos viejos componedores que salen en añejas comedias, y cuya exclusiva misión es echar bendiciones y solucionar todos los conflictos. Sin saber bien qué razones espirituales me llevaban á desempeñar este papel, me dejé mover de mi bondad, y le dije:

«Se trata aquí de un buen amigo mío y discípulo á quien quiero mucho; pero no le perdono el secreto que ha guardado en esto. Quizás haya sido usted la más empeñada en rodear de sombras sus amores... Es usted muy secretera. Hace tiempo que lo he conocido. No he sido engañado por completo. Yo observaba en usted los síntomas del trastorno, y tenía por seguro que en su vida había algo más de lo que constituye la vida ordinaria. Y para prueba de que no me engañó la maestra, voy á ayudarla en su confesión, como hacen los curas viejos con los chicos tímidos que por primera vez van al confesionario. Usted vió á Manuel, que es de los chicos más simpáticos que pueden ofrecerse á la contemplación de una joven apasionada. Ambos se agradaron, se ofrecieron con mutuo placer el

regalo de las miradas, se comunicaron después por cartas, y en este comercio epistolar en que se cambia alma por alma, la de usted, que es la de que ahora tratamos, se fué empapando en ese rocío de dulzura ideal que desciende del cielo... No dirá usted que no estoy poético. Sigo adelante. Las cartas, algún diálogo corto, y por lo corto más intenso; las miradas furtivas, por lo escasas más fulminantes, iban sosteniendo en ambos la pasión primera, en la cual, quiero y debo reconocerlo, todo era ternura, honestidad, nobleza, los fines más puros y legítimos del alma humana... Las cualidades de Manuel debían producir en usted efectos de otro orden, porque siendo él un joven de gran porvenir, y que ya ocupa excelente posición en el mundo, usted debía de sentir halagado su amor propio, debía de sentir además algún estímulo de ambición... ¿Por qué no declararlo francamente? La enamorada gustaría de encuadrar sus sueños amorosos dentro de un marco de positivismo...; así, así, como sueña..., las cosas claritas..., y añadir á lo ideal una cosa extremadamente hermosa también, cual es ser la mujer de un hombre notable, rico y rodeado de preeminencias mundanas.»

La vi acercar más la cabeza á la costura, acercarla tanto que casi se iba á meter la aguja por los ojos. De éstos se deslizó una lágrima que fué á refrescar la séptima edición de la bata de la Calígula. Ni una palabra dijo Irene; mas con su silencio yo me envalentonaba, y seguí:

«Todavía su espíritu de usted no había adquirido firmeza; amaba, pero sin llegar á ese afecto exaltado que no admite contradicción, y que suele proponerse el dilema de la victoria ó la muerte. Pasaban días, y con las cartitas, las mi-

radas y alguna que otra palabreja se alimentaba esa pasión, sin llegar á mayores. Pero había de llegar la crisis, el momento en que usted perdiera la chaveta, como se suele decir, y esa crisis, ese momento vinieron con la velada, aquella famosa noche en que vió usted á su ídolo rodeado de todo el prestigio de su talento, bañado en luz de gloria... Aquella noche firmó Manuel su pacto con la suerte, abrió de par en par las puertas de su brillante porvenir... ¡Qué hermosura, Irene, qué dicha infinita suponerse unida para siempre al héroe de aquella fiesta, al orador insigne, al que ha de ser pronto diputado, ministro...!»

Esta vez herí tan en lo vivo, que no fué una lágrima, sino un torrente lo que bajó á inundar la metamorfoseada bata. Irene se llevó el pañuelo á los ojos, y con voz de ahogo me dijo:

«Sabe usted... más que Dios...»

— Quedamos en que aquella noche perdió usted la chaveta — añadí bromeando —. Sigamos ahora. Desde aquel momento le entró á mi amiga el desasosiego de un querer ya indomable y abrumador. Su alma aspiraba ya con sed furiosa á la satisfacción del más ardiente anhelo. La persona querida se salía ya de los términos de persona humana para ser criatura sobrenatural. Se interesaban igualmente su corazón de usted, su mente, su fantasía proyectista. Manuel era el ángel de sus sueños, el marido rico y célebre... Me parece que me explico... Parece que estoy leyendo un libro, y sin embargo, no hago más que generalizar... Paciencia, y hablaré un momento más. Entonces nació en usted el deseo de salir de la casa de mi hermano... ¿Me equivoco? Usted necesitaba resolver pronto el problema

de su destino. Manuel se declararía más amante después de la velada, y probablemente incitaría á su amada á procurarse independencia. Usted se sintió con bríos de actividad. Su instinto de mujer, su corazón, su talento no le permitían un triste papel pasivo. Era preciso dar algunos pasos y alargar la mano para coger los tesoros que ofrecía la Providencia...»

»Pero ahora tenemos una cosa muy singular.

«¿Es la Providencia ó el Demonio quien, permitiendo la trampa armada por mi hermano, le facilita á usted lo que ardientemente desea, que es salir de la casa, adquirir libertad y comunicarse fácilmente con Manuel? Al fin y al cabo, los dos deben tener cierto agradecimiento á José María, que puso esta casa, y á doña Cándida, que trajo aquí á su sobrina para repetir confabulados el pasaje de las tentaciones de San Antón. Usted vino á la ratonera sin sospechar lo que había en ella; usted también creyó la patraña de que mi cínife había variado de fortuna... Bueno: consigue usted su objeto; se pone al habla con Manuel, que soborna á la criada y se mete aquí. Las sugerencias de mi hermano producen momentánea contrariedad. Para vencerla me llama usted á mí. Intervengo. Quito de en medio el gran estorbo. Manuel, entre bastidores, triunfa en toda la línea. ¿Y ahora qué queda por hacer? Manuel y usted han de decidirlo.»

Esto último que dije lo dije á gritos, porque el canario empezó á cantar tan fuerte que mi voz apenas se oía. Irene se levantó alterada; no sabía qué hacer... Volvióse al pájaro, le mandó callar, y viendo que no obedecía, me dijo:

«No callará mientras no cierre el balcón.»

Y diciéndolo, entornó tanto las maderas, que

nos quedamos casi á obscuras. Lo que quería la muy pícara era estar en penumbra para que no se le viera la alteración ruborosa de su semblante... En vez de volver á tomar la costura, que era tan sólo un pretexto para no mirarme de frente, sentóse en una banqueta que en el ángulo de la pieza estaba, y siguió el lloriqueo.

No quise hacerle por el momento más preguntas. Mi procedimiento de confesión interrogatoria y deductiva no podía ser empleado delicadamente en lo que aun restaba por declarar. En realidad, nada quedaba oculto; yo vi tan clara la historia toda, cual si la hubiese leído en un libro. La historia tenía un final triste y embrollado; mejor dicho, no tenía final, y estaba como los pleitos pendientes de sentencia. Esta podía ser feliz ó atrozmente desdichada. ¿Me correspondía intervenir en ella, ó, por el contrario, debería yo evadirme lindamente dejando que los criminales se arreglaran como pudieran?... ¡Pobre Manso! Ó yo no entendía nada de penas humanas, ó Irene esperaba de mí un salvador y providencial auxilio. Mucho tiempo pasó hasta el momento en que me dijo, sin dejar de llorar:

«Usted lo sabe todo... Parece que adivina.»

Este descomedido elogio me indujo una observación sobre mí mismo. No quiero guardármela, porque es de mucho interés, y quizás explique aparentes contradicciones de mi vida. Yo, que tan torpe había sido en aquel asunto de Irene, cuando ante mí no tenía más que hechos particulares y aislados, acababa de mostrar gran perspicacia escudriñando y apreciando aquellos mismos hechos desde la altura de la generalización. No supe conocer sino por vagas sospechas

lo que pasaba entre Irene y mi discípulo, y en cambio, desde que tuve noticia cierta de una sola parte de aquel sucedido, lo vi y comprendí todo hasta en sus últimos detalles, y pude presentar á Irene un cuadro de sus propios sentimientos y aun denunciarle sus propios secretos. Aquella falta de habilidad mundana y esta sobra de destreza generalizadora provienen de la diferencia que hay entre mi razón práctica y mi razón pura; la una incapaz, como facultad de persona alejada del vivir activo, la otra expeditísima como don cultivado en el estudio.

Todo lo que dije á Irene al confesarla, y que tanto la pasmó, fué dicho en teoría, fundándome en conocimientos académicos del espíritu humano. ¡Ella me llamaba adivino, cuando en realidad no mostraba más que memoria y aprovechamiento! ¡Bonito espíritu de adivinación tenía este triste pensador de cosas pensadas antes por otros; este teórico que con sus sutilezas, sus métodos y sus timideces había estado haciendo charadas ideológicas alrededor de su ídolo, mientras el ser verdaderamente humano, desordenado en su espíritu, voluntarioso en sus afectos, desconocedor del método, pero dotado del instinto de los hechos, de corazón valeroso y alientos dramáticos, se iba derecho al objeto y lo acometía!... Ved en mí al estratégico de gabinete que en su vida ha olido la pólvora y que se consagra con metódica pachorra á estudiar las paralelas de la plaza que se propone tomar; y ved en Peñita al soldado raso que jamás ha cogido un libro de arte, y mientras el otro calcula, se lanza él espada en mano á la plaza, y la asalta y toma á degüello... Esto es de lo más triste...

Sacóme de mis reflexiones Irene, que dejó de

llorar para obsequiarme con nuevas lisonjas. Helas aquí:

«Usted no tiene precio... Es la persona mejor del mundo... Manuel le respeta á usted tanto, que para él no hay autoridad como la del amigo Manso... Si ahora le dice usted que es de noche se lo creerá. No hace más que lo que usted le mande.»

Te veo venir, palomita — pensé sonriendo en mi interior —. Ahora quieres que yo te case... Temes, y lo temes con razón, que haya inconvenientes... Primero, doña Javiera se opondrá; segundo, el mismo Manuel... (estos soldados rascos son así...), después de su triunfo y de haber tomado la plaza con tanto brío, no tendrá gran empeño en conservarla. Es de la escuela de Bonaparte... Veo, Irenita, que no pierdes ripio... ¿Conque yo mediador, yo diplomático, yo componedor y casamentero...? Es lo que me faltaba.

Díjeme esto en espíritu, que es como se dicen ciertas cosas. Y en aquel punto parecióme oír ruido en la puerta que á la sala daba. Otra prueba de mis facultades adivinatorias. Doña Cándida estaba tras las frágiles maderas oyendo lo que decíamos. Para cerciorarme, abrí la puerta. Desconcertada al verse sorprendida, la señora hizo como que limpiaba la puerta con un gran zorro que en la mano traía.

«Hoy sí que no te nos escapas, Máximo — me dijo.

— Pues, qué, señora, ¿me va usted á enjaular?

— No; es que hoy tienes que quedarte á comer con nosotras.»

Desde el rincón en que estaba, Irene me hizo señales afirmativas con la cabeza.

«Bueno — respondí.

— No tendrás las cosas ricas de tu casa... Dime, ¿te gustan los pichones? Porque tengo pichones.

— A mí me gusta todo.

— Ayer me han regalado una anguila; ¿te gusta?

— ¿Qué más anguila que usted?»

No; esto también lo dije en espíritu... Luego se tocó el bolsillo, donde sonaban muchas llaves. Yo temblé como la espiga en el tallo.

«Tengo que salir á buscar algunas cosas... Mira, Irene te hará un pastel que á ti te gusta mucho.»

Miré á Irene, que se apretaba la boca con el pañuelo, muerta de risa y con las lágrimas corriendo todavía por sus pálidas mejillas. ¡Pastel de risa y llanto, qué amargo eras!

XLII

¡Qué amargo!

«Yo tengo que salir. Melchora vendrá pronto — dijo Calígula entrando —. ¿Pero qué tienes, niña? ¿Por qué lloras? ¿La has reñido, Máximo?... Nada, nada, tonterías. Vete á la cocina y te distraerás. ¿Harás el pastel? Mira, Máximo te ayudará, que de todo entiende... ¿Sabes lo que puedes hacer también? Sacar la vajilla, mantel, servilletas; ahí está todo en el baúl grande. Toma las llaves. Distráete, tonta. ¿Qué es eso? ¡Ay, Máximo, en diciendo que vienes tú aquí, esta joven filosófica se desconcierta!... Por supuesto, Máximo, que á ti no te gusta el cocido. Te voy á dar de comer á la francesa. ¡Verás qué

bien!, una cosa atroz... Oye, Irene, la lumbre está encendida. Todo va á ser frito, asado y nada de cazuela ni guisotes. Vamos, que ya quedará acostumbrado el mocito para volver otro día. Abur, abur. Cuidado, Irene, que al volver me lo encuentre todo arreglado.

— ¡Qué cosas tiene mi tía! — me dijo Irene cuando nos quedamos solos —. Le matará á usted de hambre. Aquí no hay nada, ni tenedores... Eso que mi tía llama la vajilla son unos cuantos platos desiguales que aun están en los baúles. ¡El comedor! Falta que haya mesa para los tres. Hasta ahora hemos comido en un veladorcito de hierro que tiene una pata menos y hay que calzarlo con una caja de galletas... Se va usted á divertir... Le juro á usted que yo preferiría mil veces comer el rancho de un hospicio á vivir más tiempo con mi tía.»

No olvidaré nunca la expresión de horror, de asco, que vi en su semblante.

«Pues usted ha venido aquí por su gusto... Vuelvo á mi tema.

— Sí; pero creí venir de paso — me respondió con una decisión que me parecía nueva en ella—. Vine como se va á una estación de ferrocarril para tomar el tren.»

Y luego, arrogante, altiva, como no la había visto nunca, revelándome una energía que me pasmó, me dijo:

«Créalo usted, pronto saldré de aquí, ó casada ó muerta.»

Me dejó frío...

«Pero, en fin, Irene, será preciso que ayudemos á doña Cándida. Si no, es fácil que al levantarnos de la mesa, tengamos que ir á comer á una fonda.»